



Máster en Investigación e Innovación en Arquitectura. Intervención en el Patrimonio, Rehabilitación y Regeneración

Proyecto de Investigación para el Trabajo de Fin de Máster

Del paisaje patrimonial al espacio arquitectónico.

Interpretación de la Sierra de Atapuerca a partir de discursos y formas

Barbabosa Sánchez Violeta

3 de septiembre 2025

ÍNDICE

Introducción

- Presentación del tema
- Justificación
- Objetivos de la investigación
- Pregunta de investigación
- Metodología

Capítulo 1. La Sierra de Atapuerca como caso de estudio

- 1.1 Historia del territorio
- 1.2 Etapas de transformación
- 1.3 Planificación territorial
- 1.4 Proceso de patrimonialización
- 1.5 Legislación y declaratorias BIC y UNESCO

Capítulo 2. Herramienta de análisis

- 2.1 Paisaje como categoría patrimonial
- 2.2 Semiótica del espacio arquitectónico
- 2.3 Teoría cognitiva de la metáfora
- 2.3 Paisaje como texto: Olga Lavrenova
- 2.5 Metáforas espaciales y discursivas en el diseño arquitectónico

Capítulo 3. Análisis del caso de estudio

- 3.1 Metáfora discursiva.
 - 3.1.1 Discurso oficial de patrimonialización
- 3.2 Metáfora cognitiva.
 - 3.2.1 Musealización del paisaje
 - 3.2.2 Dispositivos arquitectónicos: Museo de la Evolución Humana, Centro de Arqueología Experimental y Centros de investigación Ibeas de Juarros
- 3.3 De la cueva al museo: la huella de Atapuerca en la arquitectura.

Conclusiones

- Aportaciones de la investigación
- Reflexión crítica sobre el proceso de patrimonialización y gestión del caso de estudio

Referencias

Presentación del tema

La presente investigación se enmarca en el contexto de Máster en Investigación e Innovación en Arquitectura (MIIA) Intervención en el Patrimonio, Rehabilitación y Regeneración, un programa que ofrece una mirada integral del diseño arquitectónico y la intervención en el patrimonio en un contexto urbano y paisajístico, considerando el hecho arquitectónico no como un objeto aislado sino como parte de un sistema complejo tanto material como inmaterial desde un marco temporal contemporáneo. En el programa se busca la crítica de la intervención en el patrimonio, por lo cual se pretende en esta investigación la integración de conocimientos interdisciplinarios que nutran el análisis de lo arquitectónico, buscando una mirada crítica que aporte soluciones basadas en la investigación.

Como caso de estudio se ha elegido la Sierra de Atapuerca, en la provincia de Burgos, debido a su gran importancia prehistórica, arqueológica y paleoantropología pero también por ser un caso que muestra la complejidad de un lugar que puede ser analizado a diferentes escalas, desde una escala territorial y paisajística hasta una escala mínima donde los objetos forman parte del todo. La Sierra de Atapuerca ha pasado por un proceso de patrimonialización que ha implicado transformaciones espaciales, museográficas y arquitectónicas y también reglamentarias donde los argumentos y las decisiones políticas y administrativas han contribuido a la construcción de su papel como lugar que forma parte del patrimonio mundial. Más allá de lo material, la Sierra de Atapuerca junto con los equipamientos e instalaciones vinculados a ella, también cuenta con una carga simbólica que permite analizarla desde los aspectos inmateriales que configuran una narrativa que puede resignificar el paisaje.

Para analizar las relaciones simbólicas en el lugar se busca explorar cómo a través de una perspectiva semiótica, el paisaje cultural y natural de Atapuerca se configura como un sistema de significación. A partir del enfoque de Olga Lavrenova, sobre los paisajes geoculturales, se estudiarán los elementos discursivos, visuales y espaciales que contribuyen a construir el sentido patrimonial del sitio. Se parte de la hipótesis de que los edificios y los elementos museísticos no sólo organizan el territorio, sino que también narran una historia, traducen el conocimiento y median en la experiencia del visitante. En este contexto, la Sierra de Atapuerca se analizará con la finalidad de comprender cómo se interpreta a partir de su relación con otros espacios arquitectónicos, como el Museo de

la Evolución Humana (MEH), el Centro Nacional de Investigación sobre la Evolución Humana (CENIEH), la Fundación Atapuerca o el Centro de Arqueología Experimental (CAREX) y las intervenciones museísticas en los yacimientos arqueológicos, todos vinculados temáticamente pero no en el mismo espacio

La intención de la labor investigadora es profundizar en el conocimiento de la semiótica aplicada al análisis paisajístico y arquitectónico; específicamente explorar cómo la materialidad del lugar se convierte en metáforas que trasladan mentalmente a otros lugares y provocan que el espectador evoque imágenes a partir de la interacción con el lugar a través de los sentidos. Todo ello con el fin de considerar que en la planificación territorial y urbana y en el diseño arquitectónico se considere la preexistencia de estas metáforas en el imaginario colectivo, las cuales pueden ser retomadas posteriormente considerando lo diseñado como una forma didáctica para contar una historia a partir del discurso narrativo tanto visual como lingüístico. De hecho, el Sistema Atapuerca debería tener presente este enfoque y este trabajo es una aproximación.

Justificación

La investigación se alinea con el eje central del MIIA cuya orientación se enfoca en torno a la intervención en el patrimonio, la rehabilitación y regeneración. En el caso de la Sierra de Atapuerca, permite explorar cómo la arquitectura participa en la mediación del sentido patrimonial y cómo el paisaje se convierte en un museo a cielo abierto a través de la narrativa espacial, las metáforas y la experiencia del visitante. El caso de estudio representa un ejemplo de cómo una Zona Arqueológica ha sido transformada consolidándose como un territorio patrimonial y museístico, mediante intervenciones arquitectónicas, estrategias de planificación territorial y discursos institucionales tanto dentro como fuera del propio Bien de Interés Cultural.

Este trabajo busca contribuir a la comprensión del proceso de patrimonialización desde el análisis de los discursos, las estrategias de planificación del paisaje y las intervenciones arquitectónicas que hacen posible la construcción de su significado. El análisis resulta pertinente en el ámbito del patrimonio pues su gestión requiere un enfoque crítico que surja de un riguroso trabajo multidisciplinar. Este enfoque no solo responde a los objetivos del Máster, sino que también abre la posibilidad de repensar la forma en que se proyecta y se interpreta el patrimonio en diálogo con su contexto histórico, social y simbólico.

Objetivo general: Analizar a partir de un enfoque semiótico cómo la Sierra de Atapuerca se ha transformado en un paisaje patrimonial y museístico por medio de procesos de diferentes ámbitos que actúan como un sistema que genera la narrativa simbólica del lugar a partir de la interpretación de los dispositivos espaciales, discursivos y culturales que configuran su valor patrimonial en la actualidad.

Objetivos específicos:

- **Documentar** el proceso histórico de patrimonialización de la Sierra de Atapuerca, desde el descubrimiento de los yacimientos arqueológicos hasta su nombramiento como Patrimonio Mundial del paisaje cultural.
- **Identificar** las estrategias de planificación territorial y museográficas en el sitio y el proceso de diseño de los edificios vinculados, especialmente el MEH y el CAREX.
- **Aplicar** conceptos teóricos de la semiótica y de la teoría cognitiva de la metáfora para analizar las narrativas patrimoniales del paisaje de Atapuerca y la arquitectura del lugar.
- **Reflexionar** sobre el rol del diseño arquitectónico y la planificación territorial en la generación de sentido y en la experiencia del visitante.
- **Proponer** un enfoque interdisciplinario para analizar el paisaje patrimonial y la arquitectura, alineado con los objetivos del máster.

Pregunta de investigación

El presente trabajo surge con la intención de analizar de forma crítica el proceso de patrimonialización y de significación de la Sierra de Atapuerca y cómo es que el paisaje se ha transformado hasta llegar a ser un lugar donde se hace investigación, pero también es un lugar que cumple la función de museo al aire libre y un lugar turístico. La documentación se puede realizar a partir de numerosas publicaciones que se han hecho y de los descubrimientos de arqueólogos y otros investigadores, por lo tanto, lo que se quiere saber en esta investigación se sintetiza en la siguiente pregunta:

¿Cómo se ha construido el significado patrimonial de la Sierra de Atapuerca a través de la planificación territorial, los edificios vinculados y los elementos museográficos desde una perspectiva semiótica del paisaje cultural?

¿Qué discursos oficiales han intervenido en el proceso de patrimonialización?

¿Cómo los edificios vinculados actúan como referencias simbólicas al paisaje?

¿Qué metáforas espaciales y narrativas se activan en la experiencia del lugar?

¿Cómo la semiótica puede ayudar a interpretar la relación entre arquitectura, territorio y significación en la Sierra de Atapuerca?

¿Qué rol juega la arquitectura entre los descubrimientos en los yacimientos y la experiencia y educación del visitante?

Metodología

Se propone una metodología que integra conocimientos de la teoría del paisaje, diseño arquitectónico, patrimonio y semiótica y se estructura en tres fases:

- a) **Documentación histórica:** En esta fase se recopilarán fuentes primarias y secundarias para reconstruir el proceso de patrimonialización de la Sierra de Atapuerca. También se revisarán las declaratorias oficiales del reconocimiento como Bien de Interés Cultural y Patrimonio Mundial, planes de ordenación territorial y documentos oficiales que han intervenido en la transformación del sitio. Los proyectos arquitectónicos y museográficos vinculados también serán revisados.
- b) **Análisis teórico:** Se aplicarán conceptos de semiótica del espacio y la teoría cognitiva de la metáfora de Olga Lavrenova para identificar las narrativas y metáforas que configuran el significado del paisaje patrimonial y museístico. También se revisará cómo los dispositivos arquitectónicos actúan como mediadores simbólicos de la misma forma que los discursos oficiales y legislativos.
- c) **Análisis práctico:** En esta etapa se harán observaciones directas del sitio, análisis de fotografías, mapas de la sierra de Atapuerca y recorridos por los espacios museísticos. También se analizará la relación de los edificios y proyectos vinculados con el caso de estudio.

Capítulo 1. La Sierra de Atapuerca como caso de estudio

1.1 Historia del territorio

Hablar de la Sierra de Atapuerca implica reconocer un territorio con múltiples capas de historia, donde la naturaleza y la cultura se han entrelazado a lo largo de cientos de miles de años. No es un lugar más en el mapa de Castilla y León, sino un espacio singular que condensa procesos geológicos, arqueológicos y humanos que lo convierten en un referente a nivel mundial.

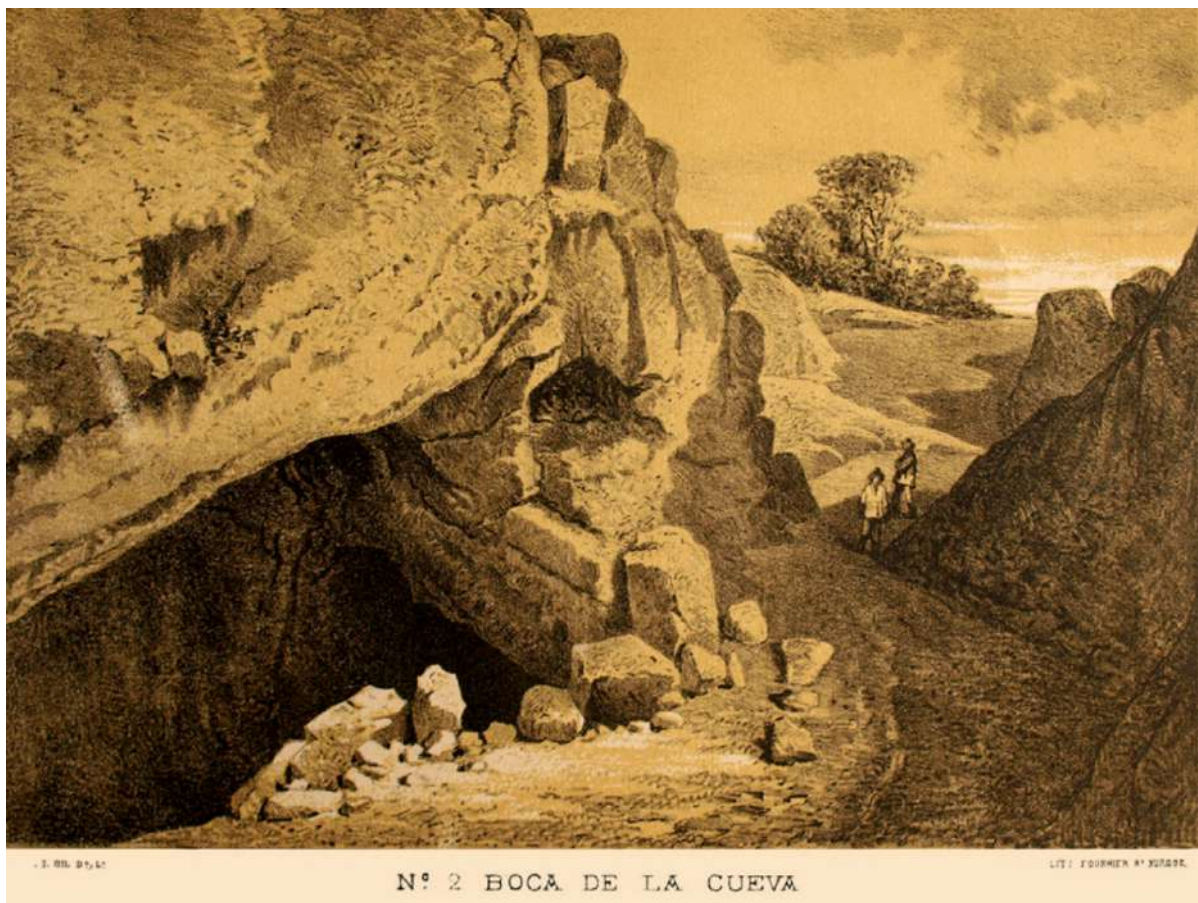
Desde el punto de vista geológico, la sierra está formada principalmente por calizas del Cretácico, modeladas a través de procesos kársticos que dieron origen a un sistema de cuevas, galerías y dolinas. Estos accidentes geográficos no solo moldearon el relieve, sino que fueron determinantes para la conservación de los restos fósiles y arqueológicos que hoy conocemos. Las cavidades actuaron como cápsulas del tiempo, protegiendo durante milenios huesos, herramientas líticas y sedimentos que relatan episodios clave de la evolución humana.

La ocupación humana de este territorio se remonta al menos a un millón de años. Las excavaciones han revelado que aquí vivieron los primeros grupos de homínidos europeos, que dejaron herramientas de piedra y restos de actividades de caza y carroñeo. Más tarde, en el Paleolítico Medio y Superior, el lugar fue utilizado por comunidades neandertales y posteriormente por *Homo sapiens*, que aprovecharon las cuevas como refugio y como espacio funerario. Cada hallazgo ha permitido reconstruir formas de vida cotidianas, prácticas sociales y adaptaciones al entorno que difícilmente podrían conocerse sin este archivo natural que es la Sierra.

Pero la historia de Atapuerca no se detiene en la prehistoria. Durante la época romana, la región se integró a los circuitos de explotación agrícola y ganadera, dejando evidencias de villae, calzadas y estructuras productivas. En la Edad Media, la sierra adquirió un papel estratégico como paso natural entre las cuencas del Duero y del Ebro. Aquí se libró la célebre Batalla de Atapuerca en 1054, enfrentamiento entre los reinos de Castilla y Navarra que marcó el destino político de la región. Además, su cercanía con el Camino de Santiago reforzó la importancia cultural y simbólica del lugar, vinculándolo a una de las rutas más influyentes de Europa.

En los siglos modernos, la sierra se transformó con la explotación de canteras y actividades agrícolas. Sin embargo, fue en el siglo XIX cuando se produjo un acontecimiento clave: la apertura de la trinchera ferroviaria para transportar mineral de hierro desde la Sierra de la Demanda hasta Burgos. Esta infraestructura, que pronto quedó obsoleta, dejó al descubierto cortes en la roca que exponían estratos fósiles y arqueológicos. Sin proponérselo, la ingeniería del siglo XIX abrió una ventana hacia el pasado remoto que cambiaría para siempre la historia del lugar.

Ya en el siglo XX, los primeros estudios arqueológicos comenzaron a darle forma científica al valor de la Sierra. Investigadores locales y extranjeros documentaron la presencia de restos humanos y herramientas líticas, aunque fue hasta la década de 1970, con las excavaciones en la Sima de los Huesos, cuando Atapuerca alcanzó relevancia internacional. Los hallazgos de fósiles pertenecientes a *Homo heidelbergensis* y posteriormente a otras especies consolidaron el lugar como un punto para comprender la evolución humana en Europa.



Litografía del siglo XIX titulada "Boca de la cueva" (N.º 2), realizada por Isidro Gil, publicada en la obra España. Obra pintoresca (Madrid, 1842-1850).

Hoy en día, cuando se habla de Atapuerca, no solo se hace referencia a un conjunto de yacimientos arqueológicos, sino a un paisaje cultural vivo. Su historia está marcada por la superposición de tiempos: desde los primeros homínidos hasta los pueblos actuales, desde la geología profunda hasta los relatos contemporáneos de patrimonialización. Todo ello convierte a la Sierra en un palimpsesto, un territorio donde el pasado y el presente dialogan constantemente y donde cada capa histórica se suma a la anterior, dotando al lugar de una riqueza única.

1.2 Etapas de transformación

La Sierra de Atapuerca no puede entenderse como un lugar estático, congelado en el tiempo, es un territorio que ha pasado por distintas etapas de transformación, cada una marcada por la interacción entre los procesos naturales y la acción humana. Lo que hoy vemos como un paisaje cultural es el resultado de esa superposición constante de usos, significados y formas de habitar.

La primera etapa corresponde a la **prehistoria** más remota, cuando los primeros homínidos ocuparon las cuevas y abrigos naturales. Aquí no solo dejaron restos óseos, sino también herramientas líticas que evidencian prácticas de subsistencia, como la caza y el aprovechamiento de animales carroñeados. Más adelante, los neandertales y los *Homo sapiens* utilizaron la sierra como refugio y como espacio simbólico, donde incluso se realizaron prácticas funerarias. Esta etapa convirtió a Atapuerca en un archivo único de la evolución humana, con una secuencia continua de ocupación que se extiende por cientos de miles de años.

La segunda etapa corresponde a la **romanización**, que introdujo cambios significativos en la organización del territorio. Aunque la sierra no fue un centro urbano romano, sí se integró a los circuitos productivos de la región. Se han identificado restos de calzadas, villas y estructuras relacionadas con la agricultura y la ganadería. Este momento histórico amplió la dimensión funcional del lugar, vinculándolo a redes económicas más amplias y dejando huellas en el paisaje rural.

Posteriormente, en la **Edad Media**, la sierra adquirió una nueva centralidad, tanto estratégica como simbólica. Por un lado, fue escenario de la Batalla de Atapuerca (1054), un conflicto que enfrentó a los reinos de Castilla y Navarra y que tuvo repercusiones políticas en la consolidación del poder castellano. Por otro lado, su cercanía con el Camino de Santiago le dio un papel complementario en la configuración cultural de la

región. El paisaje medieval estuvo marcado por ermitas, caminos y una intensa relación entre los pueblos circundantes y la sierra. Esta etapa reforzó el carácter histórico y espiritual del territorio.

En la **Edad Moderna**, los cambios se vincularon principalmente con la explotación económica. La sierra fue utilizada como espacio de pastoreo, cultivo y aprovechamiento de recursos. No se trató de transformaciones espectaculares, sino más bien de un uso constante y acumulativo que fue modelando la relación cotidiana de las comunidades con el entorno.

Sin embargo, la gran transformación contemporánea llegó en el **siglo XIX**, con la industrialización. La construcción del ferrocarril minero que atravesaba la sierra, con el objetivo de transportar mineral de hierro, abrió una trinchera que cortó el relieve y dejó expuestos los estratos geológicos. Lo que en principio fue una infraestructura fallida — porque el ferrocarril pronto quedó en desuso— terminó siendo un descubrimiento crucial para la arqueología. La trinchera permitió el acceso a sedimentos fósiles que más tarde revelarían el valor científico de Atapuerca.

En el **siglo XX**, la sierra entró en una nueva etapa de resignificación. A partir de las excavaciones iniciadas en los años setenta, el lugar dejó de ser un espacio rural más para convertirse en un laboratorio de la evolución humana. Los hallazgos en la Sima de los Huesos y en otros yacimientos atrajeron la atención internacional y redefinieron la identidad del territorio. La investigación científica y la difusión cultural se combinaron con políticas de conservación y con la creciente proyección turística del sitio.

En el **siglo XXI**, la Sierra de Atapuerca se consolidó como un paisaje patrimonial, museístico y turístico. La patrimonialización no solo implicó proteger los yacimientos, sino también crear infraestructuras asociadas, como el Museo de la Evolución Humana en Burgos o el CAREX en Ibeas de Juarros. Estos equipamientos forman parte de la etapa actual, en la que la sierra se interpreta y se resignifica constantemente a través de discursos científicos, arquitectónicos y museográficos.

Las etapas de transformación de la Sierra de Atapuerca muestran cómo un mismo lugar puede ser reinterpretado una y otra vez: primero como refugio prehistórico, luego como territorio productivo, después como espacio de memoria histórica y, en la actualidad, como patrimonio mundial. Este proceso refuerza la idea de que el paisaje nunca es estático, sino que se reescribe con cada generación, funcionando como un palimpsesto donde se acumulan capas de historia y significados.



Vista de la “Trinchera del ferrocarril, en la Sierra de Atapuerca, Burgos

1.3 Planificación territorial

Pensar en la Sierra de Atapuerca únicamente como un conjunto de yacimientos sería reducir su complejidad. Este territorio es también un espacio habitado, atravesado por infraestructuras, por la vida cotidiana de los pueblos cercanos y por decisiones políticas que han buscado equilibrar conservación, investigación y desarrollo económico. En ese sentido, la planificación territorial ha jugado un papel central en cómo se ha gestionado la relación entre la sierra y su entorno.

Uno de los primeros retos fue precisamente el de establecer zonas de protección que garantizaran la conservación de los yacimientos. A partir de la declaración de Bien de Interés Cultural en 1991 y, más tarde, con la inscripción como Patrimonio Mundial de la UNESCO en 1997, se definieron áreas núcleo y zonas tampón para limitar las actividades que pudieran afectar la integridad del sitio. Estas figuras no solo delimitan un espacio físico, también marcan el inicio de una nueva manera de relacionarse con el territorio: de verlo no solo como recurso local, sino como bien cultural de relevancia internacional.

La planificación territorial en Atapuerca también se ha caracterizado por la creación de instrumentos específicos, como el *Plan de Adecuación y Usos del Espacio Cultural de*

la Sierra de Atapuerca (2007). Este documento fue clave porque planteó la necesidad de integrar la conservación con la difusión y el uso público. No se trataba únicamente de preservar los yacimientos bajo llave, sino de permitir que la sociedad accediera a ellos mediante rutas, centros de interpretación y programas educativos. En otras palabras, el plan reconoció que el patrimonio, para mantenerse vivo, debía ser compartido y reinterpretado constantemente.

Dentro de esta estrategia de planificación, los municipios que rodean la sierra Atapuerca, Ibeas de Juarros, Cardeñuela Riopico, Zaldueño, entre otros, han tenido un papel fundamental. Cada uno de ellos participa en la gestión del espacio cultural, lo que convierte a la planificación en un ejercicio de gobernanza compartida. Esto es importante porque el patrimonio no se conserva en abstracto: se conserva en un territorio donde hay vecinos, economías locales, tradiciones y necesidades concretas. Integrar esas realidades en el proceso de planificación ha sido, y sigue siendo, uno de los grandes desafíos.

Otro aspecto relevante de la planificación ha sido la articulación entre infraestructuras y patrimonio. La sierra está atravesada por carreteras, por la traza del antiguo ferrocarril minero y, más recientemente, por proyectos de alta velocidad ferroviaria. Cada intervención de este tipo ha generado tensiones entre los intereses del desarrollo y las obligaciones de conservación. Sin embargo, también han impulsado debates que han servido para reforzar la idea de que Atapuerca no puede entenderse solo como un lugar de investigación, sino como un territorio vivo que necesita estrategias de ordenamiento claras.

En paralelo, la planificación territorial ha promovido la creación de equipamientos que refuerzan la dimensión cultural y educativa del sitio. El Museo de la Evolución Humana en Burgos, inaugurado en 2010, y el Centro de Arqueología Experimental (CAREX) en Ibeas de Juarros, son ejemplos de cómo la planificación ha trascendido lo estrictamente arqueológico para integrar la arquitectura contemporánea como mediadora del patrimonio. Estos espacios no solo ordenan el flujo de visitantes, también construyen discursos y metáforas que amplían la experiencia del paisaje.

La planificación, sin embargo, no está exenta de contradicciones. Por un lado, ha permitido consolidar una gestión integral que vincula ciencia, cultura y turismo. Por otro, también ha generado tensiones relacionadas con la masificación de visitantes, la presión sobre las comunidades locales y la necesidad de garantizar un turismo sostenible. Esta dualidad es inevitable en cualquier proceso de patrimonialización, y Atapuerca no es la excepción.

La planificación territorial en la Sierra de Atapuerca ha sido un proceso progresivo, que pasó de la protección estricta de los yacimientos a un modelo más complejo de **gestión cultural y territorial**. Hoy, hablar de planificación en este contexto significa pensar en cómo equilibrar los intereses científicos, las necesidades locales, las políticas de conservación y las expectativas turísticas. Es, en definitiva, un ejercicio de negociación constante entre memoria, presente y futuro.



Vista aérea de la Sierra de Atapuerca en la que se aprecia la Trinchera y las cubiertas de los yacimientos

1.4 Proceso de patrimonialización

El proceso de patrimonialización de la Sierra de Atapuerca no fue inmediato ni lineal. Se trata de un camino largo y complejo, en el que se fueron sumando descubrimientos arqueológicos, iniciativas científicas, decisiones políticas y discursos culturales que poco a poco fueron construyendo la imagen del lugar como patrimonio de valor excepcional. Este proceso refleja cómo los sitios patrimoniales no “nacen” de manera espontánea, sino que se producen social y políticamente a partir de múltiples actores y narrativas.

Uno de los hitos fundamentales ocurrió en 1976, cuando el hallazgo de fósiles humanos en la Sima de los Huesos marcó un antes y un después en la proyección internacional de Atapuerca. Aunque ya se conocían restos arqueológicos en la trinchera ferroviaria desde inicios del siglo XX, fue en ese momento cuando la sierra se consolidó como un referente de la investigación paleoantropológica. Las publicaciones científicas que siguieron a este hallazgo comenzaron a situar a Atapuerca en la agenda internacional, generando un discurso que vinculaba la sierra con la “cuna de la humanidad en Europa”.

El siguiente paso en el proceso fue la declaración como Bien de Interés Cultural (BIC) en 1991, por parte de la Junta de Castilla y León. Esta figura legal supuso un reconocimiento formal de la importancia del sitio y, al mismo tiempo, estableció un marco de protección específico. No obstante, la declaración BIC no se limitó a un acto administrativo: fue también un gesto discursivo que comenzó a proyectar la idea de Atapuerca como un bien colectivo, que debía ser preservado no solo por su valor científico, sino también como parte del patrimonio histórico y cultural de Castilla y León.

El reconocimiento internacional llegó en 1997, cuando la UNESCO inscribió a la Sierra de Atapuerca en la lista de Patrimonio Mundial. Este hecho transformó definitivamente la percepción del sitio, ya que lo vinculó con una red global de lugares excepcionales que representan la historia de la humanidad. La patrimonialización en este nivel implicó no solo un sello de prestigio, sino también la obligación de cumplir con criterios de conservación, gestión y difusión. A partir de ese momento, Atapuerca dejó de ser únicamente un lugar de excavación para convertirse en un paisaje cultural que debía ser protegido, interpretado y compartido con la sociedad.

Con la UNESCO, también se consolidaron ciertos discursos oficiales que dieron forma a la narrativa del sitio. A partir de la década de 2000, el proceso se reforzó con la creación de equipamientos museísticos y de investigación que ampliaron la patrimonialización más allá de la sierra misma. La construcción del Museo de la

Evolución Humana en Burgos (2010), del CAREX en Ibeas de Juarros y del CENIEH como centro de investigación internacional, son ejemplos claros de cómo la patrimonialización se materializa en dispositivos arquitectónicos y urbanos que actúan como mediadores del significado del sitio. Estos espacios no solo difunden los hallazgos, sino que también generan experiencias educativas y turísticas que consolidan la imagen de Atapuerca como patrimonio vivo.

No obstante, el proceso de patrimonialización también ha generado tensiones. Por un lado, ha permitido dinamizar la economía local mediante el turismo y la proyección internacional. Por otro, ha introducido debates sobre la masificación de visitantes, la relación entre la ciencia y la difusión pública, y la manera en que las comunidades locales participan en la gestión del patrimonio. Estos retos muestran que la patrimonialización no es un proceso cerrado, sino un campo de negociación constante entre intereses científicos, políticos, económicos y sociales.

El proceso de patrimonialización de la Sierra de Atapuerca puede entenderse como un entramado de momentos clave: los hallazgos arqueológicos que dieron visibilidad al sitio, las declaratorias legales que aseguraron su protección, el reconocimiento de la UNESCO que lo proyectó a nivel global, y la creación de dispositivos museísticos que lo convirtieron en un paisaje cultural contemporáneo. Todo ello muestra que patrimonializar no es simplemente conservar, sino también construir sentidos compartidos que transforman un territorio en símbolo de identidad y en recurso cultural para el presente y el futuro.

1.5 Legislación y declaratorias BIC y UNESCO

El reconocimiento legal y administrativo de la Sierra de Atapuerca ha sido fundamental para consolidar su valor patrimonial y garantizar su protección a largo plazo. La legislación no es un simple marco normativo: también es un instrumento que legitima la importancia cultural y científica del sitio y que lo proyecta en distintos niveles, desde el ámbito local hasta el internacional.

El primer gran paso se dio en 1991, cuando la Junta de Castilla y León declaró la Zona Arqueológica de la Sierra de Atapuerca como Bien de Interés Cultural (BIC). Esta figura, recogida en la Ley de Patrimonio Histórico Español (1985), es la máxima categoría de protección dentro del ordenamiento estatal. La declaración como BIC supuso que los yacimientos quedaran amparados por un régimen especial, que obliga a su conservación

y limita cualquier tipo de intervención que pueda alterar su integridad. Esta medida no solo buscaba preservar los hallazgos, sino también reconocer el papel de la sierra como patrimonio colectivo de Castilla y León.

El BIC fue, en ese sentido, un punto de inflexión. A partir de entonces, cualquier proyecto relacionado con Atapuerca debía contar con la supervisión de las autoridades competentes en patrimonio. Además, se establecieron protocolos para la investigación científica, de modo que las excavaciones y estudios se realizaran bajo criterios estrictos de conservación. El BIC también introdujo la necesidad de pensar en planes de gestión y ordenación que trascendieran la excavación puntual, incorporando aspectos de uso público, difusión y relación con los municipios cercanos [108].

El segundo hito se produjo en 1997, cuando la UNESCO inscribió la Sierra de Atapuerca en la Lista de Patrimonio Mundial. La candidatura fue aceptada por su valor universal excepcional, al aportar información única sobre la evolución humana en Europa. La UNESCO no solo reconoció la importancia científica de los hallazgos, sino también la capacidad del lugar para ilustrar procesos culturales y sociales a lo largo de cientos de miles de años.

Esta declaratoria tuvo un impacto enorme en varios sentidos. En primer lugar, situó a Atapuerca en el mapa internacional, atrayendo la atención de investigadores, turistas y medios de comunicación de todo el mundo. En segundo lugar, implicó un compromiso del Estado español y de la Junta de Castilla y León para garantizar la conservación del sitio de acuerdo con los estándares internacionales de la Convención del Patrimonio Mundial (1972). Esto se tradujo en la elaboración de informes periódicos, en la aplicación de planes de conservación y en la necesidad de coordinar políticas entre distintos niveles de gobierno.

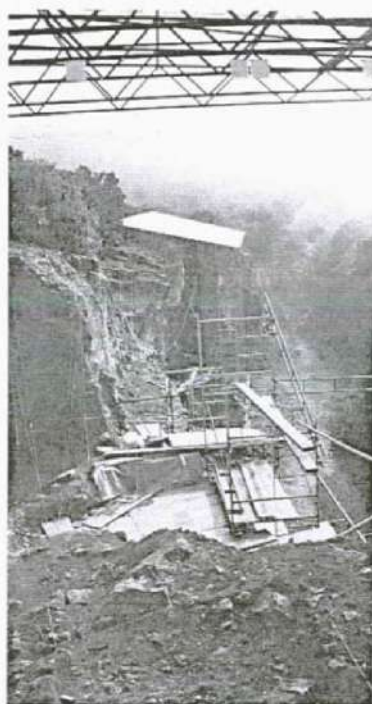
A lo largo de los años, la legislación se ha ido complementando con otras figuras y normativas. La protección ambiental se suma a la cultural, al considerar la sierra un espacio natural de interés. Además, la inclusión del Camino de Santiago Francés como Patrimonio Mundial (1993) refuerza la interconexión de Atapuerca con otras rutas históricas y patrimoniales. Por su parte, los planes urbanísticos municipales deben ajustarse a las limitaciones impuestas por las declaratorias, lo que genera un marco legal complejo pero necesario para armonizar la vida cotidiana con la preservación del patrimonio.

Las declaratorias BIC y UNESCO son dos pilares que estructuran la gestión de la Sierra de Atapuerca. El BIC asegura la protección dentro del marco legal español y

autonómico, mientras que la UNESCO le da una dimensión global, vinculándola a compromisos de conservación y difusión cultural de alcance internacional. Ambas figuras han transformado la manera en que se percibe y se gestiona el sitio, convirtiéndolo en un referente no solo científico, sino también identitario y simbólico.

Formulario para la propuesta de inscripción:

Zona Arqueológica de la Sierra de Atapuerca en los términos municipales de Atapuerca e Ibeas de Juarros (Burgos). España



Portada del Formulario para la propuesta de inscripción de la Zona Arqueológica de la Sierra de Atapuerca en la Lista del Patrimonio Mundial de la UNESCO.

Capítulo 2. Herramienta de análisis

2.1 Paisaje como categoría patrimonial

En esta investigación se considera que el paisaje cultural no solo se habita, si no que ese que construye socialmente y se resignifica constantemente con el paso del tiempo en la interacción del ser humano y otros seres vivos con su entorno. Se considera al paisaje como una construcción social y cultural. El paisaje cultural ha sido incluido por instituciones internacionales como la UNESCO como una categoría patrimonial, donde el paisaje refleja la interacción entre el hombre y la naturaleza, integrando elementos tangibles e intangibles en un sistema de significación. Esta visión implica que el valor del paisaje no reside solamente en los aspectos materiales que lo conforman, sino también en sus procesos históricos, económicos, culturales y sociales que forman un sistema complejo en conjunto con el lugar.

Dos dimensiones son las que conforman, por lo tanto, el paisaje patrimonial: por un lado lo material, haciendo referencia a, por ejemplo, los monumentos, las estructuras arquitectónicas, los sistemas agrícolas tradicionales, caminos históricos o al ordenamiento territorial. Por otra parte, se articula al paisaje en su parte inmaterial donde se superponen capas de diferentes momentos históricos donde cada generación interpreta y resignifica el territorio de acuerdo con los valores vigentes.}

El paisaje como categoría patrimonial siempre obliga a pensar en un trabajo conjunto. No basta con que un especialista lo mire desde una sola óptica, porque lo que lo hace valioso es precisamente su complejidad. Por eso, analizarlo y gestionarlo implica abrir un diálogo real entre disciplinas como la historia, la arquitectura, el urbanismo, la antropología, la geografía, la ecología y, por supuesto, las comunidades que lo habitan. Cada mirada aporta algo distinto: unos ponen atención en la forma física, otros en los símbolos, otros en las dinámicas sociales o en el peso de la identidad. En ese sentido, el paisaje patrimonial funciona como un punto de encuentro, un espacio donde el saber académico se cruza con el conocimiento local para dar lugar a estrategias más completas de interpretación y conservación.

Cuando un paisaje se reconoce como patrimonio, también cambia la forma en la que la gente se vincula con él. De pronto, deja de ser un espacio cotidiano para convertirse en un referente de memoria y de identidad compartida. Ese reconocimiento oficial le otorga

un valor cultural y simbólico que fortalece la cohesión social y el sentido de pertenencia. Además, no se puede negar que este tipo de paisajes, al valorizarse, pueden convertirse en motores de desarrollo económico a través del turismo cultural o de proyectos locales.

En pocas palabras, el paisaje como patrimonio es mucho más que un lugar bonito para mirar. Es un sistema vivo y complejo donde conviven lo tangible con lo intangible, lo material con lo simbólico, lo histórico con lo actual. Asumirlo como patrimonio significa aceptar que no es estático, que es una construcción social en movimiento, y que su cuidado debe pensarse de manera integral, entre conservación y transformación. Al final, el paisaje no solo nos cuenta la historia de un territorio, también refleja lo que somos, lo que aspiramos a ser y los valores que cada comunidad va proyectando y reinterpretando en él.

2.2 Semiótica del espacio arquitectónico

Cuando se piensa en la arquitectura, no solo se concibe como un conjunto de muros, materiales o formas si no que la arquitectura siempre dice algo, comunica de distintas maneras y nos envuelve en significados, incluso aunque no seamos del todo conscientes de ello. En este sentido, la semiótica resulta fundamental porque nos ofrece herramientas para leer esos mensajes que están presentes en el espacio, tanto arquitectónico como paisajístico. No se trata únicamente de construir, sino de reconocer que cada elemento material como una fachada, un recorrido, un vacío y se convierte en un signo que transmite una idea, una intención o una memoria.

Umberto Eco decía que la arquitectura se puede entender como un lenguaje, lo cual, es una afirmación que abre muchas posibilidades de análisis. Si la arquitectura es un lenguaje, entonces puede narrar, sugerir, convencer o incluso manipular, del mismo modo que lo hace un discurso hablado o escrito. En el ámbito patrimonial esto se vuelve todavía más interesante, porque los espacios no solo cumplen una función práctica, sino que también son testigos de la historia y cargan con significados que se transmiten de generación en generación. El visitante no solo entra a un edificio: entra a un relato, a un conjunto de símbolos que le permiten conectar con un pasado y reinterpretarlo en el presente.

La semiótica aplicada a la arquitectura y al análisis del paisaje, ayuda a entender cómo se organiza la experiencia. Desde la manera en que se diseñan los accesos hasta cómo se disponen los objetos o se orientan los recorridos, todo está pensado para guiar la

interpretación del espacio. Cada decisión de diseño tiene un trasfondo simbólico y construye un sentido particular. Así, un espacio arquitectónico puede ser leído como un texto en el que cada signo se enlaza con otro para formar una narrativa coherente.

En esta investigación, se hace énfasis en la capacidad que tiene la arquitectura de funcionar como mediadora entre la memoria y la experiencia actual. Los edificios y los espacios no solo resguardan objetos o protegen del clima: también interpretan, traducen y resignifican. Cuando entramos en contacto con un lugar, inevitablemente activamos referencias culturales y emocionales. La semiótica nos ayuda a analizar esa experiencia, a preguntarnos por qué un espacio nos provoca diferentes formas de aproximarnos al lugar. Detrás de esas sensaciones hay decisiones arquitectónicas que funcionan como signos y que, en conjunto, van configurando la identidad del espacio.

Lo que para una cultura representa orden y permanencia, para otra puede significar rigidez o exclusión. Por eso, hablar de semiótica del espacio arquitectónico también implica reconocer el contexto cultural y social donde se produce la interpretación. Un mismo edificio puede ser leído de distintas maneras según quién lo visite, qué memorias cargue consigo o qué expectativas tenga. Esto refuerza la idea de que el espacio arquitectónico es dinámico, abierto a múltiples lecturas, y que su valor no está solamente en el objeto construido, sino en las interacciones simbólicas que despierta.

Por lo tanto, la semiótica del espacio arquitectónico se propone como una herramienta para pensar la arquitectura más allá de lo técnico. Nos recuerda que los edificios y los paisajes construidos son mucho más que estructuras físicas: son sistemas de signos que transmiten sentidos y construyen narrativas. Leer la arquitectura desde esta perspectiva nos permite comprender cómo se generan vínculos entre las personas, la memoria y el territorio, y nos abre la posibilidad de diseñar con mayor conciencia sobre los significados que se activan en cada proyecto.

2.3 Teoría cognitiva de la metáfora

La metáfora, en general, suele entenderse como un recurso literario, algo que adorna el lenguaje y que se usa de manera poética. Sin embargo, la teoría cognitiva de la metáfora nos demuestra que no es solamente una cuestión estética, sino una forma de pensamiento, un mecanismo con el cual estructuramos la manera en que entendemos el mundo. Desde la perspectiva de esta teoría, la metáfora es un instrumento de conocimiento y significación, una herramienta que organiza nuestra experiencia y que nos permite

trasladar conceptos abstractos a imágenes más concretas que podemos comprender y relacionar con nuestra vida cotidiana.

Uno de los aportes más interesantes de este enfoque es el de Olga Lavrenova, quien es Doctora en Geografía y en Filosofía, además de ser Presidenta de la Asociación Internacional de Semiótica del Espacio y del Tiempo en Rusia. Para Lavrenova, la metáfora cognitiva es clave en la manera en que entendemos el espacio y el paisaje cultural. Ella explica que las metáforas no solo sirven para describir, sino que nos permiten traducir lo material en experiencias simbólicas y leer el entorno como un sistema de significados compartidos. Esta idea es fundamental, porque nos recuerda que no hay una separación tajante entre lo físico y lo simbólico: ambos planos se entrelazan y se reafirman constantemente.

Lo que plantea la teoría cognitiva de la metáfora es que nuestras experiencias están organizadas en gran medida por asociaciones que hacemos de manera inconsciente. Por ejemplo, cuando decimos que “la vida es un camino”, estamos trasladando la experiencia concreta de recorrer un trayecto a una noción abstracta como lo es el transcurso de la existencia. Del mismo modo, en la arquitectura y el paisaje cultural se producen metáforas que orientan la manera en que los interpretamos: un museo puede ser entendido como una “catedral del conocimiento”, un jardín como un “paraíso” o una ruina como una “huella del tiempo”. Todas estas expresiones nos ayudan a darle sentido a lo que vemos, a relacionarlo con ideas más amplias y a vivirlo desde una dimensión simbólica.

Lo valioso de la metáfora cognitiva es que nos abre la puerta para entender cómo los espacios construidos y los paisajes no son neutros, sino que están cargados de significados que activamos a través de nuestras propias referencias culturales. Cada persona interpreta el espacio con base en las metáforas que le resultan familiares, y eso genera múltiples lecturas de un mismo lugar. Por eso, cuando analizamos la arquitectura y el paisaje desde esta perspectiva, no solo vemos la materialidad, sino también el entramado de sentidos que se movilizan a partir de las metáforas.

La teoría cognitiva de la metáfora nos invita a reflexionar sobre el papel que juega el diseño arquitectónico en la construcción de significados pero también en la interpretación del paisaje cultura. No se trata únicamente de resolver funciones técnicas, sino también de pensar cómo los espacios activan imaginarios, evocan imágenes colectivas y generan experiencias simbólicas en quienes los habitan o visitan. La metáfora, en este sentido, se convierte en un recurso para proyectar y reinterpretar el mundo, y al mismo tiempo en

una herramienta para comprender cómo los discursos arquitectónicos y paisajísticos influyen en nuestra manera de ver y habitar el entorno.

La propuesta de Lavrenova y la teoría cognitiva de la metáfora nos recuerdan que todo paisaje y todo espacio arquitectónico se puede leer como un sistema de signos, donde lo material y lo simbólico se entrelazan a través de metáforas que nos permiten comprender, interpretar y resignificar nuestro entorno.

2.4. Paisaje como texto: Lavrenova

Una de las ideas que se ha retomado para reflexionar en este trabajo es la propuesta de Olga Lavrenova, que propone pensar el paisaje como un texto. Esta metáfora cambia completamente la manera en la que lo percibimos: ya no es solo un escenario que se contempla o se habita, sino algo que se puede leer, interpretar y hasta escribir de nuevo a través de las generaciones. Si el paisaje es un texto, entonces cada elemento que lo compone se convierte en un signo que porta un significado: un camino, una ruina, un río, una piedra colocada estratégicamente, todo habla y comunica algo que se relaciona con quien diseña y quien lo interpreta.

Lavrenova, en su propuesta, explica que los paisajes culturales funcionan como sistemas de significados donde se superponen capas históricas, sociales y de diversos ámbitos. En paisaje cultural se puede leer como palimpsestos: escritos que nunca terminan, que van siendo borrados y reescritos, pero donde siempre quedan rastros de lo anterior. Esto significa que al leer un paisaje no solo vemos lo que está frente a nosotros en el presente, sino también los ecos de lo que estuvo ahí antes y las proyecciones de lo que podrá llegar a ser. En ese sentido, el paisaje como texto nos obliga a reconocer su carácter dinámico, vivo y siempre inacabado.

Según la autora, las metáforas no son universales. No hay una única manera de leer un paisaje, porque la interpretación depende de la cultura, del momento histórico y de la experiencia del observador. Lo que para una comunidad representa un lugar sagrado, para otra puede ser un espacio de trabajo o incluso un recurso económico. Esta multiplicidad de lecturas nos recuerda que el paisaje es un texto polifónico, lleno de voces que se entrecruzan y a veces se contradicen. La clave está en poder descifrar esas metáforas culturales y entender cómo estructuran la manera en la que nos relacionamos con el territorio.

En esta visión, los objetos dentro del paisaje no son meras cosas: son signos cargados de simbolismo. Leer el paisaje como texto implica entonces descifrar huellas y reconocer que lo material y lo inmaterial están profundamente entrelazados. El paisaje no es mudo: tiene gramáticas, vocabularios y narrativas que podemos aprender a leer.

Lo que se rescata de la propuesta de Lavrenova es que nos invita a no quedarnos únicamente con la mirada estética o científica, sino a abrir un espacio para la interpretación cultural. El paisaje como texto nos permite comprender que los territorios no son solo soportes físicos, sino construcciones simbólicas donde se proyectan valores, identidades y visiones del mundo. Y si lo vemos así, también entendemos que intervenir en un paisaje, ya sea a través de la arquitectura, la planificación urbana o la gestión patrimonial, es como intervenir en un relato: hay que saber qué borrar, qué subrayar, qué añadir y qué reinterpretar para que siga teniendo sentido para quienes lo habitan y lo leen.

Por lo tanto, pensar el paisaje como texto nos brinda una herramienta poderosa para reconocer su dimensión simbólica y cultural. Nos permite ver más allá de lo evidente y descubrir la riqueza de significados que está inscrita en cada territorio. Y, al mismo tiempo, nos recuerda que la lectura nunca está cerrada: cada generación, cada comunidad y cada mirada escribe nuevas páginas sobre ese texto infinito que llamamos paisaje.

2.5 Metáforas espaciales y discursivas en el diseño arquitectónico

Cuando hablamos de metáforas en la arquitectura no nos referimos solo a un recurso literario o poético, sino a una manera concreta de pensar y diseñar los espacios. Las metáforas están presentes en los discursos que acompañan un proyecto, en los conceptos que lo justifican y también en la manera en que esos espacios son percibidos y vividos por quienes los habitan. En este sentido, la metáfora se convierte en una herramienta de mediación entre lo material y lo simbólico: es el puente que permite traducir un conjunto de ideas en formas arquitectónicas, y que luego da al visitante claves para interpretarlas.

Las metáforas espaciales son fundamentales porque ayudan a que la arquitectura no se quede en lo técnico, sino que toque otras dimensiones más sensibles. Nos permiten relacionar un espacio con experiencias previas, activar recuerdos y establecer conexiones emocionales. Así, un edificio no es solo un contenedor de funciones, sino una narrativa construida a través de signos materiales. El visitante no solo ve paredes, techos y recorridos, sino que los interpreta de acuerdo con las metáforas que se le ofrecen o que él mismo proyecta sobre el espacio.

Lo mismo ocurre con los discursos que acompañan a los proyectos. Muchas veces los arquitectos utilizan metáforas para explicar lo que buscan transmitir: hablan de “puentes entre el pasado y el presente”, de “ventanas al futuro”, de “raíces” o de “tejidos urbanos”. Estos términos no son meras palabras decorativas, sino que enmarcan la interpretación del proyecto y condicionan cómo será recibido. Es decir, el discurso construye una primera capa de significado que luego se materializa en el diseño y termina influyendo en la experiencia del usuario.

También es importante reconocer que las metáforas no son universales ni neutras. Cada cultura, cada momento histórico y cada comunidad lee y activa las metáforas de manera distinta. Un espacio concebido como símbolo de modernidad puede ser interpretado, en otro contexto, como un signo de ruptura o de pérdida de identidad. El verdadero valor de una metáfora espacial está en su capacidad de generar diálogo, de permitir que las personas proyecten en ella sus propias vivencias y la hagan parte de su memoria colectiva.

Las metáforas espaciales y discursivas en el diseño arquitectónico no son un adorno, sino un recurso esencial para dar sentido a los espacios y para construir narrativas que trascienden lo físico. A través de ellas, la arquitectura se convierte en un lenguaje que habla de ideas, de valores y de identidades. Reconocer y analizar estas metáforas nos permite comprender mejor cómo los edificios median entre la memoria, el presente y las aspiraciones de una comunidad. Y, sobre todo, nos recuerda que cada proyecto arquitectónico, más allá de su función práctica, siempre cuenta una historia.



Paisaje patrimonial como texto



Arquitectura como metáfora



Objetos como signos

Capítulo 3. Análisis del caso de estudio

Al llegar a este punto, después de haber revisado el contexto histórico y las herramientas teóricas, es importante analizar cómo todo esto se concreta en el caso de estudio. Aquí es donde las ideas empiezan a aterrizar en ejemplos específicos, en discursos, en edificios y en experiencias que muestran cómo la patrimonialización no es solo un proceso administrativo o una serie de declaratorias oficiales, sino un entramado complejo de narrativas, símbolos y materializaciones arquitectónicas. El análisis del caso permite ver de qué manera la teoría se conecta con la práctica, y cómo la semiótica y la metáfora se vuelven útiles para leer un paisaje cultural que ha sido transformado y reinterpretado desde distintos frentes.

En este capítulo, se propone entender el proceso a partir de dos niveles de metáfora. El primero es el nivel discursivo, que está presente en los relatos oficiales de patrimonialización. Aquí entran en juego las declaratorias institucionales, los documentos que sustentan el valor del sitio y los discursos políticos y académicos que lo han ido configurando como un bien cultural. Estas narrativas no son neutrales: están cargadas de intenciones, de visiones del mundo y de estrategias de legitimación que terminan influyendo en la forma en que el lugar es percibido tanto a nivel local como internacional.

El segundo nivel es el de la metáfora cognitiva, que se manifiesta en la musealización del paisaje y en los dispositivos arquitectónicos que median entre el sitio y el público. Aquí es donde los conceptos se traducen en experiencias concretas, a través de recorridos, exposiciones, espacios diseñados y edificios que funcionan como mediadores simbólicos. Museos, centros de interpretación y laboratorios no solo cumplen un papel funcional, sino que también narran, enseñan y evocan. Estos espacios se convierten en metáforas construidas, en escenarios donde la historia y la ciencia se hacen visibles a través de la arquitectura.

Dentro de este segundo nivel, interesa analizar de manera más puntual algunos casos emblemáticos: el Museo de la Evolución Humana, el Centro de Arqueología Experimental (CAREX) y los distintos centros de investigación asociados al sitio. Cada uno de ellos aporta una lectura distinta del paisaje, una manera particular de traducirlo y de comunicarlo. El museo, por ejemplo, organiza el conocimiento en un relato expositivo que lo convierte en una “catedral de la ciencia”; el CAREX ofrece una experiencia más didáctica y cercana, donde se simulan prácticas arqueológicas; y los centros de

investigación aportan la dimensión científica, generando un discurso de legitimidad que refuerza la importancia del lugar.

Lo que se busca en este capítulo no es únicamente describir estos espacios, sino analizar cómo se construyen sus significados y cómo dialogan con el discurso oficial de patrimonialización de la Sierra de Atapuerca. Se pretende entender de qué manera la arquitectura y la museografía funcionan como mediadoras entre el pasado y el presente, entre la ciencia y la sociedad, entre la memoria y la experiencia actual. Al final, lo que está en juego es cómo un paisaje se convierte en un patrimonio vivo que se interpreta y se resignifica constantemente a través de las metáforas que lo sostienen.

Este capítulo se enfoca en el análisis del caso de estudio desde una perspectiva semiótica y metafórica. Primero, se revisa el discurso oficial de patrimonialización para identificar cómo las palabras y los relatos construyen sentido. Después, se aborda la dimensión cognitiva, observando cómo la musealización y los dispositivos arquitectónicos materializan esas narrativas y generan experiencias simbólicas. Con ello, se busca mostrar que el patrimonio no se limita a los vestigios del pasado, sino que se produce y se reproduce en el presente a través de un lenguaje donde el espacio y la metáfora son inseparables.

3.1 Metáfora discursiva: Discurso oficial de patrimonialización

El discurso oficial en torno a la patrimonialización de la Sierra de Atapuerca puede entenderse como un entramado de signos y metáforas que construyen significados compartidos. No basta con los descubrimientos arqueológicos para que un lugar se convierta en patrimonio; se necesita un relato que legitime, que traduzca los hallazgos en valores universales y que permita a las comunidades y a la sociedad global apropiarse simbólicamente del territorio. Siguiendo a Umberto Eco, lo que encontramos en este proceso no es un mensaje meramente informativo, sino un mensaje persuasivo que opera en distintos niveles.

En los documentos de la candidatura a la UNESCO (1997) se afirma que la Sierra constituye “testimonio excepcional del origen y evolución de la civilización humana” y “un archivo único de la ocupación humana continua”. Estas expresiones funcionan como metáforas discursivas que, en términos de Olga Lavrenova, actúan como instrumentos de conocimiento y significación, pues traducen lo material (yacimientos, fósiles, herramientas líticas) en un marco cultural comprensible y universal. Al nombrar a la sierra

como “cuna de la humanidad europea”, el discurso oficial convierte un hecho científico en un signo cultural cargado de legitimidad, que coloca al territorio en un relato compartido por toda la humanidad.

En este sentido, los discursos oficiales operan como códigos culturales de legitimación. La candidatura de Atapuerca enfatiza criterios patrimoniales que responden a la Convención de 1972: por ejemplo, se señala que los yacimientos aportan “testimonio único de las primeras poblaciones humanas de Europa” y que constituyen “el registro más antiguo de prácticas funerarias conocidas”. Estas frases, aunque basadas en datos científicos, adquieren connotaciones simbólicas: la “primera tumba de la humanidad” en la Sima de los Huesos no es solo un hallazgo arqueológico, sino un signo cargado de sentido antropológico, que interpela directamente a la condición humana.

Desde la perspectiva semiótica, esto corresponde a lo que Eco describe como el paso de un nivel denotativo (restos fósiles, herramientas, estratigrafía) a un nivel connotativo, donde el hallazgo se convierte en símbolo de memoria colectiva, identidad cultural y origen universal. La patrimonialización, entonces, no se limita a conservar, sino que construye un campo semántico donde los elementos materiales se transforman en loci-símbolos (Lavrenova): puntos de referencia que condensan significados y marcan la dirección del pensamiento cultural y científico.

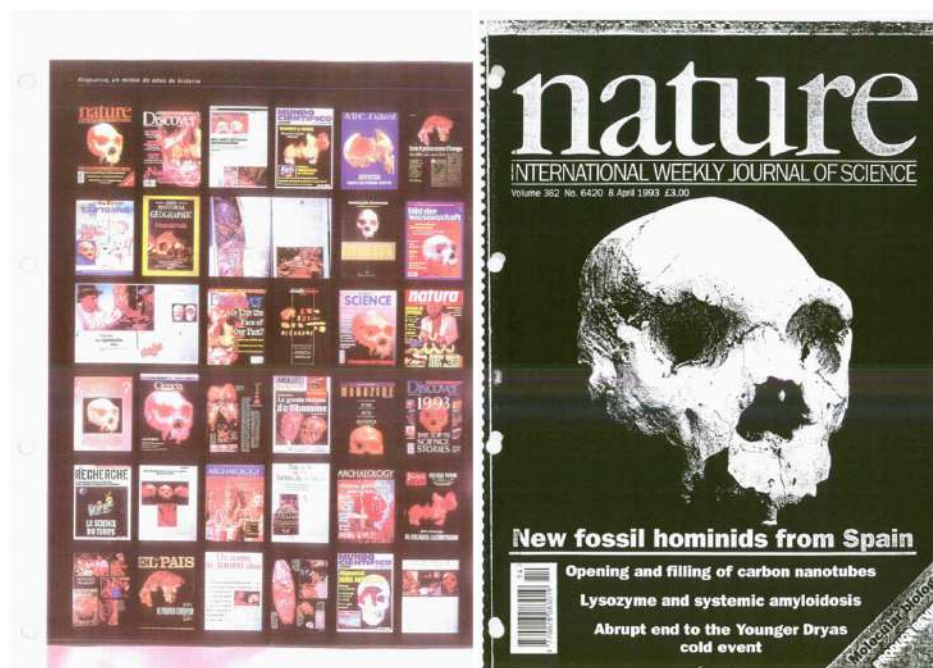
Este tipo de retórica también se observa en el Plan de Adecuación y Usos del Espacio Cultural de la Sierra de Atapuerca (2007), donde se define el territorio como “espacio estratégico” para la ciencia, la cultura y el turismo. El uso del término “estratégico” no es casual: connota centralidad, importancia geopolítica y proyección hacia el futuro. En clave semiótica, este tipo de fórmulas funcionan como signos culturales que organizan la percepción social. El plan no se limita a gestionar usos del suelo, sino que fija la interpretación del paisaje como un nodo cultural de relevancia internacional.

El Diario de los Yacimientos de la Sierra de Atapuerca refuerza este relato en su lenguaje divulgativo. Allí se publican frases como que los hallazgos “han colocado a Atapuerca en la vanguardia de la evolución humana” o que el MEH representa “nuestro futuro”. En estos ejemplos, el discurso científico se simplifica y se proyecta hacia la sociedad mediante metáforas que apelan a la emoción y al orgullo colectivo. Siguiendo a Sobrino, la arquitectura y el paisaje no se comunican únicamente por su materialidad, sino también porque se convierten en signos mediadores entre las instituciones y la sociedad. Los medios de comunicación, en este caso, actúan como extensiones del discurso oficial, amplificando y consolidando el imaginario patrimonial.

La Memoria informativa elaborada por las autoridades patrimoniales insiste en la necesidad de difundir la sierra como “laboratorio único de la evolución humana” . Aquí, la metáfora del “laboratorio” tiene una fuerza especial: connota modernidad, ciencia y rigor, y legitima la inversión en infraestructuras como el Museo de la Evolución Humana o el CAREX. De nuevo, no se trata de un simple término descriptivo, sino de un signo cultural que construye la percepción social de Atapuerca como lugar de producción de conocimiento universal.

Si leemos todos estos discursos desde la teoría de Eco, podemos decir que operan como estrategias semióticas de persuasión: no solo informan sobre los hallazgos, sino que orientan su interpretación, legitiman su valor y generan consenso social. Desde la mirada de Lavrenova, funcionan como metáforas cognitivas que permiten traducir hechos científicos en significados culturales apropiables por la comunidad global y podemos afirmar que estos discursos convierten tanto a la arquitectura como al paisaje en signos sociales, cuya función no es solo técnica, sino también comunicativa y simbólica.

El discurso oficial de patrimonialización ha sido fundamental para transformar la Sierra de Atapuerca en un patrimonio mundial. A través de metáforas como “cuna de la humanidad”, “archivo vivo de la evolución” o “laboratorio de la ciencia”, los documentos institucionales construyen un relato que convierte restos materiales en símbolos universales. Este relato no es neutral: es un acto de significación que posiciona a la sierra en un campo semántico global, donde se juega no solo su conservación, sino también su valor identitario, científico y cultural para la humanidad.



Portadas de revistas científicas y de divulgación internacional que difundieron los hallazgos de la Sierra de Atapuerca.

3.2 Metáfora cognitiva

3.2.1 Musealización del paisaje

La Sierra de Atapuerca no es solamente un lugar de excavación científica; en las últimas décadas se ha convertido en un paisaje musealizado, donde la experiencia del visitante está mediada por dispositivos narrativos, arquitectónicos y pedagógicos. Este proceso responde a lo que Olga Lavrenova llama metáfora cognitiva: un mecanismo mediante el cual se traducen hechos materiales en experiencias simbólicas compartidas.

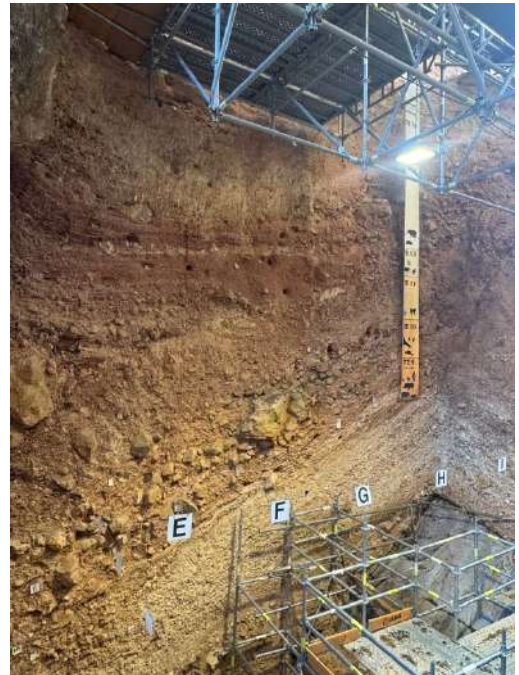
En 2009, la Junta de Castilla y León aprobó el Decreto que creó el Sistema Atapuerca, Cultura de la Evolución, concebido como una red integrada de yacimientos, centros de recepción, museos y laboratorios. El objetivo era explícito: musealizar el paisaje en su conjunto, de modo que el territorio no se entendiera solo como un sitio arqueológico, sino como un texto cultural que puede recorrerse, leerse y reinterpretarse.

Esta estrategia se materializó en varios niveles. En primer lugar, los yacimientos visitables fueron acondicionados con pasarelas, paneles y visitas guiadas: Trinchera del Ferrocarril, Gran Dolina, Sima del Elefante y Complejo Galería. Cada uno de estos lugares, que antes solo eran accesibles para la investigación, se convirtió en un signo museográfico, un locus-símbolo en el sentido de Lavrenova, que orienta al visitante en una narrativa temporal de más de un millón de años.

En segundo lugar, se crearon los Centros de Recepción de Visitantes (CRV) en Ibeas de Juarros y Atapuerca, que funcionan como puertas de entrada al territorio. Estos centros no son espacios neutros: en términos semióticos, operan como umbral de significación, donde el visitante comienza a leer el paisaje como un museo al aire libre. Aquí la teoría de Eco resulta útil: lo que ocurre es un cambio de código. Los datos científicos de la excavación (estratigrafías, fósiles, herramientas) se traducen en un código cultural accesible a través de paneles, audiovisuales y guías.

Un tercer nivel lo constituye el CAREX (Centro de Arqueología Experimental), que transforma al visitante en actor. En lugar de limitarse a observar, el público participa en talleres de talla lítica, encendido de fuego o caza con propulsores. Desde la teoría semiótica, este espacio es un signo experiencial, porque comunica no solo a través de formas visuales, sino mediante prácticas corporales y sensoriales. Aquí la metáfora cognitiva se hace explícita: el CAREX convierte la abstracción de la prehistoria en una vivencia inmediata y encarnada.

La musealización del paisaje en Atapuerca convierte el territorio en un texto legible, donde cada espacio es un signo. La metáfora cognitiva organiza la experiencia: el paisaje no se presenta como un terreno neutro, sino como un museo vivo donde la ciencia se traduce en símbolos culturales.



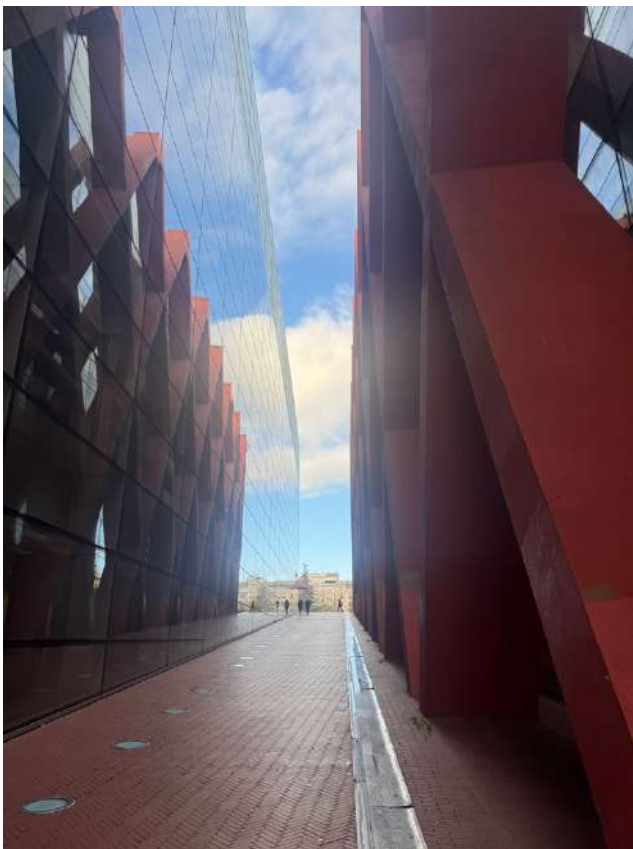
Musealización de la Sierra de Atapuerca con elementos que la resignifican como museo al aire libre.

3.2.2 Dispositivos arquitectónicos

La musealización del paisaje no se agota en el territorio. Se complementa con una serie de dispositivos arquitectónicos que funcionan como nodos de significación y que, en conjunto, configuran el Sistema Atapuerca. Cada uno de estos espacios materializa una metáfora distinta: el MEH como “catedral de la ciencia”, el CAREX como “laboratorio vivencial” y los centros de investigación como signos de legitimidad científica.

Museo de la Evolución Humana (MEH)

Inaugurado en 2010 en Burgos, el MEH es la cabecera del Sistema Atapuerca. Diseñado por Juan Navarro Baldeweg, el edificio se concibe como un gran volumen de vidrio y acero que evoca la transparencia y la luz. Según Alonso (2018), el MEH fue proyectado como una “catedral de la ciencia” y un “invernadero del conocimiento”, metáforas que condensan su carácter monumental y su vocación pedagógica. En el MEH se exponen fósiles originales de Atapuerca, pero lo más relevante es la manera en que se organiza el relato. Grandes prismas transparentes, con vegetación liofilizada, muestran cómo ha evolucionado el entorno en distintos momentos de la historia: hace 800.000, 600.000, 350.000 y 40.000 años. En términos semióticos, estos prismas funcionan como signos icónicos y simbólicos: representan ecosistemas pasados, pero también connotan la continuidad de la vida y la adaptación humana. Desde la teoría de Eco, el MEH puede leerse como un hipertexto arquitectónico: cada sala es un nodo de significación que remite a los yacimientos, a la ciencia y a la memoria cultural. Y desde Lavrenova, el museo actúa como una metáfora cognitiva que permite al visitante comprender la evolución como un proceso narrativo y simbólico, más allá de los datos científicos.



Museo de la Evolución Humana Burgos, España

Centro de Arqueología Experimental (CAREX)

El CAREX en Ibeas de Juarros cumple una función distinta. Aquí no hay vitrinas ni fósiles, sino recreaciones de actividades prehistóricas. El visitante participa en la fabricación de herramientas, el encendido de fuego o la construcción de chozas.

Este espacio encarna lo que podríamos llamar la metáfora del laboratorio vivencial. A diferencia del MEH, que monumentaliza la ciencia, el CAREX democratiza el conocimiento al permitir que cualquier persona se convierta en arqueólogo por un día. Desde la teoría semiótica, esto corresponde a lo que Sobrino llama comunicación experiencial: la arquitectura no solo se observa, se vive. El CAREX es un signo pedagógico: comunica mediante la práctica corporal y emocional. La metáfora cognitiva aquí consiste en traducir conceptos abstractos como “modo de vida paleolítico” en experiencias sensoriales que activan la memoria y la imaginación del visitante.



Centros de investigación (CENIEH e instalaciones en Ibeas)

El CENIEH (Centro Nacional de Investigación sobre la Evolución Humana) y las instalaciones de investigación en Ibeas completan el sistema. Estos espacios cumplen una función científica, pero también simbólica: legitiman a Atapuerca como nodo internacional de investigación. El CENIEH, con su arquitectura contemporánea y sus laboratorios equipados, comunica modernidad, rigor y autoridad científica. Desde la perspectiva de Eco, puede entenderse como un signo indicial de la ciencia: no muestra fósiles, sino procesos, métodos y tecnologías. Y desde Lavrenova, representa un locus-símbolo que fija a Atapuerca en el mapa mundial de la investigación. En este caso, la metáfora cognitiva es la del centro de conocimiento global: un espacio donde el pasado se estudia con herramientas del presente para proyectar hacia el futuro.

La metáfora cognitiva aplicada a la Sierra de Atapuerca nos permite comprender cómo el paisaje y la arquitectura funcionan como signos culturales. La musealización convierte el territorio en un texto legible, donde cada cueva y cada ruta es un locus-símbolo cargado de memoria. Los dispositivos arquitectónicos prolongan este proceso, organizando la experiencia en tres registros: monumental (MEH), vivencial (CAREX) y científico (CENIEH). Siguiendo a Eco, Lavrenova y Sobrino, podemos afirmar que Atapuerca no es solo un conjunto de yacimientos, sino un sistema semiótico complejo donde los discursos, las metáforas y la arquitectura median entre la ciencia y la sociedad.

3.3 De la cueva al museo: la huella de Atapuerca en la arquitectura.

La influencia de la Sierra de Atapuerca no se limita al ámbito arqueológico ni al discurso institucional de la patrimonialización, sino que también ha permeado el imaginario arquitectónico contemporáneo. Diversos proyectos, tanto construidos como anteproyectos, han incorporado referencias discursivas y gráficas a las cuevas y al paisaje cultural de Atapuerca, evidenciando cómo este yacimiento se convierte en fuente de metáforas espaciales, narrativas y formales.

En estos proyectos, la arquitectura no solo cumple una función práctica de albergar museos o centros de investigación, sino que se convierte en un dispositivo semiótico que traduce la memoria evolutiva de la humanidad en formas, materiales y recorridos. De esta

manera, Atapuerca se resignifica como un símbolo arquitectónico y urbano, capaz de inspirar propuestas que dialogan con la naturaleza, la ciudad y la identidad cultural.

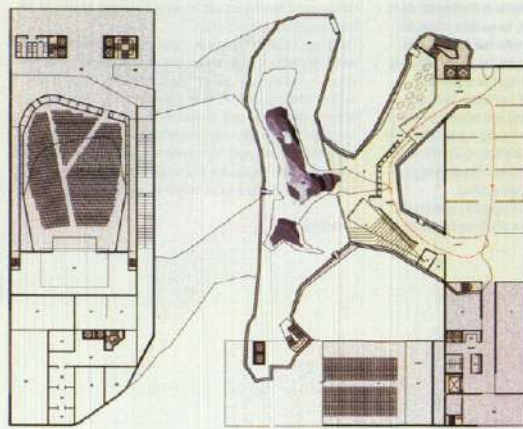
El análisis de estas obras permite comprender cómo la patrimonialización de Atapuerca no solo se articula en el plano legal y museográfico, sino que también genera una gramática arquitectónica que amplía y complejiza los modos de representación del patrimonio.

Proyectos arquitectónicos que hacen referencia a la Sierra de Atapuerca

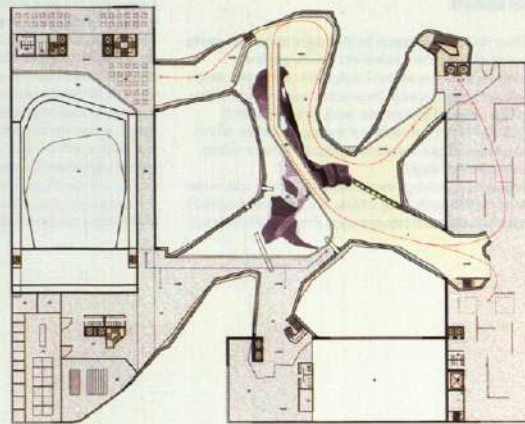
Museo de la Evolución Humana – Steven Holl (2000)

El anteproyecto de Steven Holl para el MEH en Burgos plantea un edificio concebido como marco urbano y como una estructura museística interior, inspirado directamente en las cuevas de Atapuerca.

Algunas características del proyecto son las siguientes: La morfología del museo remite a la Cueva Mayor reconstruida. Se establece un vínculo simbólico con Atapuerca mediante el “Espejo Urbano”, una plataforma de agua reciclada del río Arlanzón, que conecta metafóricamente el museo con las aguas de las cuevas de Atapuerca. Holl introduce un “Espacio Cromático”, concebido como zona de reflexión que simboliza el largo periodo previo a la consciencia humana. El proyecto articula un discurso narrativo en el recorrido: desde la recreación de las cuevas, pasando por la “Partitura de Oscuridad”, hasta una exposición digital avanzada sobre el Genoma Humano. Se enfatiza la fusión entre naturaleza y cultura, representada en la inversión vacío-sólido del museo central y la unión entre el agua del Arlanzón y la metáfora de Atapuerca. Este proyecto permite mostrar cómo la patrimonialización de Atapuerca trascendió lo arqueológico y penetró el discurso arquitectónico, generando propuestas conceptuales que traducen metáforas evolutivas en lenguaje espacial y gráfico.



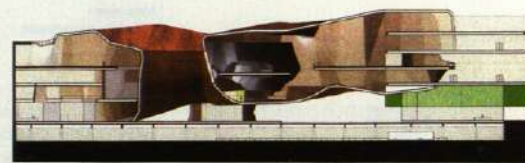
55 - PLANTA COTA +12,00



55 - PLANTA COTA +17,00



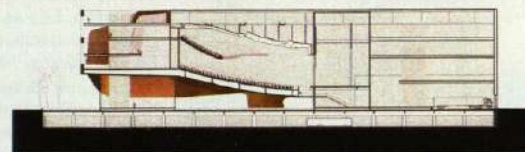
56 - SECCIÓN POR LA CUEVA DE ATAPUERCA



56 - SECCIÓN POR LAS SALAS DE ATAPUERCA

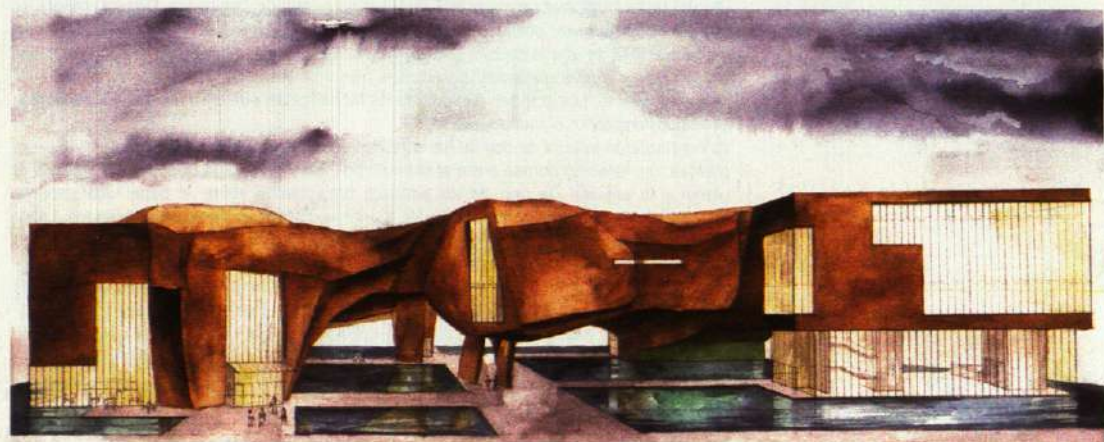


56 - SECCIÓN POR EL VESTÍBULO DEL MUSEO



56 - SECCIÓN POR EL AUDITORIO

4B - ALZADO NORTE



Propuesta de Steven Hall para el Museo de la Evolución Humana en Burgos (2000).

Museo de la Evolución Humana – Jean Nouvel (2000)

Jean Nouvel planteó un proyecto denominado “The Mystery of Origin”, en el que la arquitectura se concibe como la reaparición del paisaje de Atapuerca dentro de la ciudad de Burgos. La propuesta articula un discurso entre lo arcaico y lo contemporáneo, entre lo eterno y lo efímero, generando un contraste estético que dialoga con la memoria evolutiva del lugar. Algunas de sus características son las siguientes:

El museo se presenta como un relieve perforado por una gran cavidad, cubierto con vegetación tradicional de los alrededores, evocando la topografía de Atapuerca. Introduce elementos de investigación efímera mediante estructuras metálicas desmontables que simbolizan la actividad científica en curso. El acceso se realiza por una rampa rocosa, que conduce a una plaza urbana a cielo abierto, enmarcada por un muro de piedra ocre con dispositivos de investigación incrustados. El espacio se ilumina por un óculo monumental, mayor que el del Panteón, reinterpretado como un mecanismo contemporáneo de geometría estrellada, en alusión a las bóvedas catedralicias. Desde la plaza interior, la propuesta enmarca visualmente la Catedral de Burgos, estableciendo un diálogo entre el patrimonio religioso y el patrimonio evolutivo. Formalmente, la cubierta ondulada y brillante remite a la estética contemporánea y a obras de artistas como Anish Kapoor, proponiendo una arquitectura que oscila entre la incertidumbre y la modernidad absoluta.

Este proyecto muestra cómo Nouvel tradujo la conjunción de dos mundos estéticos “el de la eternidad de Atapuerca y el de la modernidad científica” en un lenguaje arquitectónico cargado de metáforas, reforzando la idea de que la patrimonialización del yacimiento no solo ocurre en el ámbito museístico, sino también en el plano urbano, simbólico y arquitectónico.



Propuesta de Jean Nouvel para el Museo de la Evolución Humana en Burgos (2000).

Conclusiones

El análisis realizado en este trabajo ha demostrado que la Sierra de Atapuerca trasciende su condición de yacimiento arqueológico para convertirse en un dispositivo cultural complejo, cuya patrimonialización se fundamenta tanto en estrategias legales y de conservación material como en un proceso discursivo y simbólico. La dimensión semiótica ha resultado clave para comprender cómo los significados del lugar — asociados al origen, la evolución humana y la identidad cultural— son traducidos, reinterpretados y comunicados a través de múltiples registros: el discurso institucional, los relatos museográficos y las metáforas arquitectónicas.

Desde esta perspectiva, Atapuerca se configura como un paisaje cultural, en el sentido de que articula naturaleza, historia y sociedad en un entramado de significaciones que exceden la materialidad del sitio. Los enunciados como “cuna de la humanidad europea” o “archivo vivo de la evolución” funcionan como metáforas discursivas que condensan complejas narrativas de legitimación patrimonial, y que al mismo tiempo orientan la percepción social del lugar.

Asimismo, los dispositivos arquitectónicos vinculados al yacimiento (Museo de la Evolución Humana, CAREX y centros de investigación) no pueden entenderse únicamente como contenedores funcionales, sino como traducciones espaciales de metáforas cognitivas. La arquitectura, en este contexto, actúa como mediadora entre la investigación científica y la experiencia del visitante, construyendo un relato patrimonial que es tanto sensible como racional.

El estudio de los anteproyectos de Steven Holl y Jean Nouvel refuerza esta idea: ambos incorporaron referencias gráficas y discursivas a Atapuerca, configurando propuestas en las que la arquitectura se convierte en metáfora del origen. Holl trabajó la idea de la cueva reconstruida y el espejo urbano como articulación entre naturaleza y ciudad, mientras que Nouvel evocó el misterio del tiempo inmemorial y la tensión entre modernidad y eternidad. Estos ejemplos confirman que Atapuerca no solo inspira narrativas arqueológicas, sino que también nutre una gramática arquitectónica que resignifica la relación entre patrimonio y contemporaneidad.

Este trabajo permite concluir que la patrimonialización de Atapuerca se sostiene en un triple eje:

1. Normativo, mediante su declaración como Bien de Interés Cultural y Patrimonio de la Humanidad.

2. Discursivo, a través de los relatos institucionales y mediáticos que construyen su sentido.
3. Arquitectónico y museográfico, en tanto traducción material de las metáforas del origen y de la evolución humana.

En suma, la Sierra de Atapuerca representa un caso paradigmático de patrimonialización desde el significado, donde los signos y metáforas juegan un papel tan fundamental como la conservación física. Comprender este proceso desde la semiótica abre nuevas perspectivas para la investigación en arquitectura y patrimonio, al situar el acento no solo en lo material, sino también en la dimensión inmaterial, simbólica y cultural que constituye el verdadero núcleo del patrimonio.

Referencias

Alonso, A. 2018. Museografía y arquitectura en el MEH. Cuadernos de Atapuerca, 45, 67–89.

Alonso Alcaide, Rodrigo. 2020. Orígenes de las investigaciones en la Sierra de Atapuerca: 963-1936 visitas, leyendas y ciencia. Tesis doctoral. Universidad de Burgos.

Díez, Carlos, Sergio Moral del Hoyo, Marta Navazo Ruiz. 2009. La sierra de Atapuerca : un viaje a nuestros orígenes. 5a ed., amp.act. Burgos: Fundación Atapuerca.

Eco, Umberto. 1971. La estructura ausente: Introducción a la semiótica. Traducción de Helena Lozano Miralles. Barcelona: Lumen.

Junta de Castilla y León. (2007). Plan de Adecuación y Uso del Espacio Cultural “Sierra de Atapuerca”. Memoria Informativa: Análisis y Diagnóstico. Volumen I. Consejería de Cultura y Turismo.

Holl, S. (2000). Museo de la Evolución Humana. Anteproyecto. Revista Arquitectura, (322), 26-29.

Lavrenova, O. 2021. El paisaje cultural como un reflejo de la teoría cognitiva de la metáfora. deSignis, no. 35: 101–111. <https://doi.org/10.35659/designis.i35p101-111>

Lavrenova, O. 2019. Spaces and Meanings: Semantics of the Cultural Landscape. Humanities - Arts and Humanities in Progress vol. 8. Cham, Switzerland: Springer Nature Switzerland AG. <https://doi.org/10.1007/978-3-030-15168-3>

Nouvel, J. (2000). The Human Evolution Museum (MEH): The Mystery of Origin [Proyecto de concurso]. Recuperado de Ateliers Jean Nouvel: The Human Evolution Museum (MEH)